

La «Literatura Mixta» como antecedente del ensayo feijoniano

por JOSE LUIS VARELA

Catedrático de la Universidad de Valladolid

Afortunadamente, va resultando infrecuente en nuestros días emparejar la obra de Feijoo con la actividad periodística, porque ésta fue encontrando un molde técnico y una específica dimensión profesional, mientras el ensayo adquiriría un cultivo con arraigo, fisonomía peculiar y aceptación universales. De modo que cuando críticos tan perspicaces como Menéndez y Pelayo y la Pardo Bazán incurren en este yerro, no tenemos más remedio que referir sus palabras a la «literatura de periódico» de su tiempo, a la amena y varia literatura de fragmentos, a la colaboración esporádica o frecuente sin pretensión definitoria o agotadora del tema; a algo, en fin, que hoy denominaríamos ensayo.¹ Porque, si bien Feijoo toca temas de máxima actualidad en su tiempo, su método

1. «No quiero hacerle la afrenta de llamarle periodista —escribía don Marcelino—, aunque algo tiene de esto en sus peores momentos, sobre todo por el abandono del estilo y la copia de galicismos» (*Ideas Estéticas*, III, 1940, 207). Doña Emilia afirma que con Feijoo empezó en España el periodismo, «en el sentido de efusión que lleva consigo este nombre» (*De mi tierra*, 186-7).

Entre otros muchos, están concordes, respecto al carácter ensayístico de su obra, Salinas, Entrambasaguas, Sánchez Agesta, etc. Alfredo Carballo señala certeramente los rasgos fundamentales del género, fácilmente identificables en la obra del beneditino: variedad temática, espíritu crítico, afán personalizante, finalidad pedagógica, problema de España, método discursivo; no suele agotar el tema; recurre a autores extranjeros para confirmar su pensamiento («El ensayo como género literario», en *Revista de Literatura*, V, 1954, 138).

es cabalmente opuesto al practicado por el periodismo del nuestro. Feijoo no pretende monumentalizar lo anecdótico-actual y fugitivo, sino precisamente demolerlo mediante categorías universales. Hoy reconocemos con casi absoluta unanimidad los rasgos más característicos del ensayo en los *Discursos* del P. Maestro. Con plena justicia, Pedro Salinas le llama en 1924 padre de ensayistas; padre, sobre todo, del ensayo del 98.²

Más de una vez se ha señalado que la voz *discurso* designaba al género ensayístico cuando éste carecía todavía de forma específica y reconocimiento genérico. El primer traductor español de Montaigne, Fray Diego de Cisneros, titula su obra *Experiencias y varios discursos de Miguel, señor de Montaña*. Quevedo dice *Essais o Discursos* cuando habla del mismo autor y su obra, y reserva la misma voz para su *Discurso de todos los diablos*. Dos discípulos de Quevedo, los costumbristas Santos y Zabaleta —entroncados, como luego veremos, en la misma corriente literaria que el P. Maestro— incurren en idéntica palabra para designar ramificaciones postreras de la picaresca barroca, que son, de un lado, costumbrismo prerromántico, y de otro prefiguradas del ensayo feijoniano. Así, *Día y noche de Madrid*, *Discursos de lo más notable que en él pasa*, de Santos; o el *Discurso*, que sigue a los *Errores celebrados*, publicado por Zabaleta en 1653, no reproducido en las *Obras en prosa* de 1667. (Por cierto que un anónimo aguafiestas, contemporáneo del autor, apostilla de su puño y letra, en el ejemplar de la Biblioteca Nacional: «Adviértase que los errores son los discursos.»)

La voz «discurso» arrastra, pues, cuando la recoge Feijoo, una significación un tanto varia e híbrida, entre literaria y científica, subjetiva, curiosa, amena; alude a una literatura que, al calificarla el P. Maestro de «mixta», revela su carácter tradicional, quiero decir, sus antecedentes nacionales. El texto es interesantísimo. Denuncia hasta qué punto era consciente al benedictino la función patriótica de su obra. Dice así:

Yo tuve, algunos años ha, el pensamiento de escribir la H.^a de la Teología, pero, habiéndolo comunicado a algunas personas cuyo juicio me era y es más responsable, me disuadieron de él, representándome que en España había mucha mayor necesidad de literatura mixta, cuyo rumbo había yo tomado, destinada a desengañar de varias opiniones erradas que reinan en nuestra región, y aun en otras, que de la H.^a Teológica.³

2. «Es padre de ensayistas, y no pueden por menos de reconocerlo esos escritores [del 98] que blanden con tanto favor el ensayo» («Feijoo en varios tiempos», *Revista de Occidente*, enero-marzo, 1924, 259).

3. *Cartas*, IV, 10.

El ensayo de Feijoo es, pues, literatura mixta; es, como el libro de Pero Mexía —reeditado continuamente hasta mediados del s. XVII—, una «silva de varia lección». Con unidad de propósito, Feijoo nos brinda variedad de temas y problemas: eclipses y cometas, artes adivinatorias, métodos curativos, propiedades de minerales y plantas, anécdotas históricas o mitológicas, historias de energúmenos y de endemoniados, experiencias físicas, problemas de psicología o de fisiología, de lengua, de sociología, de política, de enseñanza. Todo cabe en este ameno y crítico «totum revolutum», en este teatro mixto cuyo fin se adivina beneficioso a la fe y a las costumbres. No se precisa orden, o al menos otro orden que el mental. Mexía, el gran predecesor —y luego veremos lo que realmente les separa, que es tanto como lo que les une—, declara igualmente no estar obligado a

guardar propósito ni orden en esta Silva, y por esto le puse este nombre, antes escribo las cosas a caso como se me ofrecen o a mí me parece,⁴

y discurre amenamente sobre arte militar, sobre la muerte, tritones y nereidas, propiedades de animales, yerbas o piedras, sobre el parecido físico, sobre la concordia conyugal, sobre la estatura ideal del hombre, sobre la historia de los turcos, sobre historia antigua, sobre el Anticristo, sobre la campana y sus conjuros, sobre la necesidad y excelencia del agua, sobre los días caniculares, sobre las amazonas. Es el mismo «totum revolutum», aunque con un destino disímil, que ya refleja el título: *Silva de varia lección... en la cual se tratan muchas cosas agradables y curiosas*. Feijoo busca lo curioso, pero conoce, por las muchas «oposiciones» que sufre desde el principio de su obra, la antipatía con que se acoge una empresa cuya meta no es lo agradable, sino desterrar el error común, la práctica supersticiosa, el engaño lucrativo; o sea, dicho de otro modo, la Verdad.

Experiencia, razón, autoridad

Es sorprendente, sin embargo, encontrar rasgos familiares de la obra de ambos más abajo de la disposición de materias o del parentesco de las materias mismas; quiero decir que este parentesco se extienda a la

4. Primera parte, cap. X. En lo sucesivo, en arábigos irá la parte de la *Silva*, y en romanos, el número del cap.

estructura dialéctica de los *Discursos* del benedictino y de los capítulos del «Siete bonetes» sevillano. En ambos hay tres miembros explícitos —y, a veces, alguno de ellos sumergido, pero fácilmente reconocible— que son el esqueleto argumental que garantiza de la seriedad o verdad de lo que se arguye. Estos tres miembros son: experiencia, razón y autoridad. Descubrámoslos, en primer lugar, en los ensayos del benedictino.

Feijoo nos cuenta en su Discurso sobre «Medicina» una experiencia personal, realizada cuando tenía fe en los purgantes, y que usaba en ciertas indisposiciones —añade— cuyos síntomas ordinarios eran la pesadez de los miembros, la decadencia del apetito y la «opresión de las facultades del alma». Estas indisposiciones se prolongaban durante dos meses. Jamás experimentó alivio, a pesar de variar la especie, la cantidad y el régimen. Entonces, Feijoo cavila sobre esta experiencia y «viene a dar en el pensamiento» de que nuestros males proceden de una pequeñísima porción de materia que se ha como un fermento de mala casta». Más tarde encuentra en Etmullero una sentencia que confirma tal experiencia; finalmente encuentra confirmada su inducción en una autoridad.

El mismo procedimiento encontramos en otro ensayo sobre materias no físicas. Sea, por ejemplo, el consagrado a las *Causas del amor*. Tras unas generalidades y el repaso de las cuatro causas (eficiente, formal, material y final), se detiene en el lenguaje común, donde se asienta el axioma vulgar, que derriba, según el cual la causa del amor es la semejanza entre los amantes. Pero, cansado de razonamientos, «descendamos ya —pide— de las especulaciones filosóficas y metafísicas a las observaciones experimentales». ¿Observaciones experimentales de un fraile sobre el amor? Pero la expectación dura poco. Lo que Feijoo quiere mostrarnos son varios ejemplos —experimentales, unos, y otros, históricos— en los que muchos racionales aman a brutos. «¡Cuántos han sentido más la muerte de un ruiseñor que la de un vecino! ¡Cuántas damiselas lloraron más la de una perrita que la de una parienta!» A lo cual añade el testimonio de varios personajes de la antigüedad —Calígula, Antonio Vero, Craso, Quinto Hortensio, etc.— que amaban tiernamente a animales o plantas de su propiedad. El axioma de la semejanza como causa del amor puede ser colocado con plenitud de derecho entre los errores comunes. «Así —prosigue—, probado por *razón y experiencia*.» Y a ello se añade la cita de varias autoridades, concordantes en la materia: «el gran canciller Bacon», Juan Barclayo, Santo Tomás, Virgilio («si la autoridad de un poeta fuese de algún valor en asunto físico»), el Eclesiastés, etc.

El mismo proceso aparece en *Duendes y espíritus familiares*, donde se demuestra su inexistencia por vía racional, se trata luego de casos

concretos y conocidos (experiencia) y se recurre finalmente a «historias de duendes que se hallan escritas» (autoridad). Dos párrafos, en fin, del Discurso en «Desagravio de la profesión literaria» son suficientes para reconstruir el camino argumental seguido: «Finalmente —leemos—, a la *experiencia* y a la *razón*, añade patrocinio con su *autoridad* un filósofo...»; «Después de probar mi sentir con *experiencia*, *razón* y *autoridad*, es preciso hacerme cargo de una gran objeción...», etc.

Mexía reconoce los mismos procedimientos escolásticos de adquirir conocimiento. Pero es hombre del Renacimiento, no de la Ilustración; en consecuencia, el testimonio de los antiguos —es decir, la autoridad— suple con frecuencia, aunque no siempre, todo empirismo personal: autoridad implica ya experiencia. Leemos en el *Prohemio*:

En lo que toca a la verdad de la historia, y de las cosas que se tratan, es cierto que ninguna cosa digo ni escribo que no la haya leído en libro de grande *autoridad*, como las más veces alegaré. Así que será justa cosa que, antes que ninguno condene lo que leyere, considere primero el *autoridad* y *razón* que se da.

Y cabe añadir que esta renuncia a la experiencia personal le exime, sin embargo, de caer en algún error feijoniano. Mexía cede ante la autoridad de Alejandro de Alejandro o de Joviano Pontano, y admite la existencia de un hombre de prodigioso poder natatorio, el llamado Nicolao, porque sus facultades dimanaban de la «influencia de las estrellas en el nacimiento de los hombres, y que los que tuvieren el signo de Piscis por acendiente serán muy grandes nadadores» (1, XXIII), razón contra la que se rebelaría Feijoo; pero no le bastan la autoridad de Plinio, Eliano, Alejandro de Alejandro, Theodoro Gaza, etc., para creer, como el benedictino, en tritones y nereidas: su razón le dice que el hombre racional sólo en la tierra puede vivir y actuar, aunque sea posible la existencia de peces con forma y talle de hombre (1, XXIV).

Podrían aducirse muchos ejemplos en los que Mexía reconoce como omnipotente ese principio de autoridad, porque, como queda apuntado, autoridad implica experiencia previa. Permítaseme la cita de algunos, a mi juicio significativos:

Muchos sabios aconsejan que no cuente hombre las cosas de admiración, porque por la mayor parte se duda de la verdad dellas; pero, cuando de lo que se dice se dan testigos de *autoridad*, sin peligro puede decir un hombre lo que ellos cuentan. Por lo cual, aunque parece cosa admirable lo que ahora quiero contar, con la fe de los buenos Autores se salvará mi atrevimiento. (1, XXXII.)

...Y esto no lo afirmo ni oso escribir dando crédito a cuentos de *personas livianas* y de poca *autoridad*, de las cuales muchas cosas he

oído contar deste propósito; pero digo lo que dicen o escriben personas graves y de grande cuenta, y entre ellos Plinio. (1, XXIV.)

En otros textos es más patente el trimembre dialéctico:

Aristóteles, en el cuarto de *Los Animales*, dice que todo animal que tiene sangre, duerme; y allí prueba cómo duermen los peces, por *razones* y por *experiencias*. (3, XXXV.)

Habiendo sabido y alcanzado *los sabios hombres* antiguos infinitas propiedades y virtudes de yerbas y plantas y de piedras y de todo género de cosas; de ellas, que el *ingenio e industria* de los hombres alcanzó, otras que la necesidad y la *experiencia* y el tiempo descubrió, de que tantos remedios y bien se ha seguido en la vida y salud humana. Como el entendimiento del hombre no descansa, ni le parece que sabe cosa enteramente, hasta que conoce las causas y razones della... (2, XXXIX.)

...No teniendo otra prueba de ella [de la propiedad maravillosa de muchas cosas, originada por la influencia astrológica], más que seguir los *autores* que tengo nombrados, los cuales por *experiencia* o *razón* natural ya lo conocieron y examinaron. (2, XL.)

La autoridad no es criterio absoluto, sin embargo; hay casos en que la razón de Mexía se rebela contra sus fueros, o escoge, mediante su discurso, entre varias versiones. Contra Plinio, por ejemplo, que mantiene que la honestidad femenina es causa de que los cuerpos de las ahogadas floten siempre boca abajo, alega:

Otros dan razón natural, a lo cual yo más me atengo, y es que, como la mujer tiene más carne, y mayor carga en las espaldas y caderas, que lo más pesado va abajo, lo cual es en el hombre al contrario. (1, XVI.)

Del mismo Plinio rechaza la bella fábula de que la fecundación de las víboras ocurre mediante la boca del macho, que se introduce en la de la hembra, con el epílogo romántico de que ésta, mediante una fuerte dentellada, concluye el acto con la muerte del macho, que poco después es vengado por sus hijos, quienes revientan el vientre de su madre para salir a la luz. Otros sabios, advierte Mexía, contradicen esto, y niegan que la víbora muera al parir.

A lo cual yo me allego, porque me parece que no es cosa natural, ni veo *experiencia de ello*, ni que nadie diga ni escriba haberlo visto. (3, XI.)

Finalmente, Mexía refiere que en las Canarias, en la isla de Hierro, existe un prodigioso árbol, productor de gran cantidad de agua. El caso es tan admirable, que, «si lo halláramos escrito, no lo quisiéramos creer» (2, XXXI); es decir, Mexía antepone aquí el testimonio de los sentidos a toda autoridad.

Mexía y Feijoo ante los mismos temas

El cultivo de un mismo género, aunque con las formidables variantes impuestas por la distancia cronológica, la temperamental y aun el destino de la obra, son suficientes quizá para explicar la variedad, la ordenación asistemática y el esquema dialéctico. Pero queda aún un sorprendente rasgo de parentesco: el tratamiento de los mismos temas en ambos escritores. En los dos autores hallamos el mismo elogio del trabajo y ataque a la ociosidad (1, XXXII) o interesantes afinidades acerca de la necesidad y propiedades del agua (2, XXV; *Teatro*, X, VIII); Mexía mantiene —siguiendo, como es natural, referencias literarias de la Antigüedad o remota Edad Media— que los hijos pueden heredar el parecido de estatuas y figuras que tenían sus madres en las cámaras y aposentos en que fueron concebidos (1, XLII), y semejante patraña es recogida por el benedictino en las *Cartas*, I, IV, al discurrir sobre el «influjó de la imaginación materna respecto del feto»; ambos tratan de la transmisión de los caracteres paternos a los hijos (1, XLII; *Teatro*, IV, 16); Feijoo habla de «una sustancia bituminosa cuyas partículas están enredadas con las del agua» al tratar del mar en el *Teatro*, VI, VIII, y Mexía cree que el lago Asphaltite «cría y hace una manera de hez o espuma, a ciertos tiempos del año, que es un betún fortísimo y pegajoso, más fuerte que ninguna pez ni yeso» (2, XXXI); Mexía recoge en Plinio la historia del delfín que se enamoró de un mancebo (3, XIV), y Feijoo cuenta de benéficos delfines que guiaban a los navegantes (*Teatro*, I, XVI); ambos recogen hermosos ejemplos de amistad, fidelidad o amor entre animales y hombres (cfr. *Causas del amor*, ya citado, con 2, XXV); ambos tocan, en fin, el tema de la campana y su aplicación para conjurar nublados y tempestades, aunque con opuesta actitud: el benedictino quiere desengañar al vulgo de este error común; Mexía, por el contrario, mantiene con simpática candidez que las campanas «cortan y enrarecen el aire y deshacen y resisten los truenos y tempestades..., según vemos cada día por experiencia» (2, X).

Para nadie es un secreto que tales coincidencias proceden, en su inmensa mayoría, de las fuentes comunes a que suele recurrir la rara erudición de la literatura mixta: Plinio, Eliano, Alejandro de Alejandro, Diodoro Sículo, Teodoro Gaza. Pero la actitud general es bien distinta. Mexía no descarta lo maravilloso en la naturaleza, lo cual no quiere decir que inhiba siempre su juicio en materias que le parecen dudosas

o en casos sobre los que existen opiniones dispares.⁵ Al tratar de ciertas propiedades del agua y ríos, advierte:

Algunas de estas cosas no querrán creer todos, pero las cosas de Naturaleza son tantas, y tales, que ninguna cosa se debe tener por imposible. (2, XXI.)

Feijoo despoja de misterio a la Naturaleza, siempre que puede; pretende sujetar racionalmente su varia y esponjosa realidad. Cae, según Marañón, en la superstición, pero en la superstición de la ciencia,⁶ que le hace comulgar de vez en cuando con mayúsculas ruedas de molino: al admitir, por ejemplo, la existencia de sátiros —originados por «abominable conmixti3n de pastores con cabras»—, hombres marinos, tritones y nereidas. Don Marcelino mantuvo que el P. Maestro «se deleitaba en lo maravilloso y extraordinario, aunque fuese para impugnarlo», y Vicente Risco prolonga la misma interpretaci3n al afirmar que lo combatía para «reprimir un impulso inconsciente que lo llevaba a creer en él».⁷ Sea como fuere, parece evidente que con esta actitud inicia Feijoo un rasgo constante en los escritores de Galicia: la tentaci3n metafísica hacia lo «feérico» o maravilloso —no mágico—, la erudici3n extravagante y miscelánea (Alvaro Cunqueiro, el mismo Risco), hacia lo anómalo y popular (Valle Inclán, Cela).

Mexía, Zabaleta y Feijoo

El éxito de Mexía fue extraordinario; de «asombroso» le califica nuestro primer crítico. García Soriano, su editor moderno, considera que la *Silva* fue uno de los libros españoles de mayor éxito editorial y más alta fama durante el siglo XVI y gran parte del XVII.⁸ Esto nos explicaría, en parte al menos, la incursi3n de otros autores —Zabaleta, Montalbán, etcétera— en la literatura mixta, tan grata al benedictino, y la coincidencia de temas y actitud entre unos y otros.

5. Ha de entenderse, pues, con cierta moderaci3n, que Mexía sólo se interesa por lo curioso y que no discrimina entre cierto y fabuloso, como afirma J. B. Avallé Arce en su interesante art. «Los errores comunes: P. Mexía y el P. Feijoo» (*NRFH*, 1956 400-403).

6. *Las ideas biológicas del P. Feijoo* (Madrid, 2.ª ed., 1941), p. 13.

7. Vid. ambas en t. IV, cap. *Feijoo*, por V. Risco, de *Hist. Gral. de las Literaturas Hispánicas* (Barcelona, 1956), p. 222.

8. Vid. la *Introducci3n* de J. García Soriano a la ed. de la *Silva* en «Bibliófilos Españoles» (Madrid, 1933), ps. XXXVII-XLIX especialmente.

De la fama y difusión de Zabaleta da idea el hecho de que, en 1754, es decir, cuando Feijoo prepara el quinto volumen de sus *Cartas*, aparece la séptima edición de las *Obras* de Zabaleta. Las *Obras en prosa* contienen, entre otras piezas, un *Teatro del hombre, el hombre, Problemas de filosofía natural y Errores celebrados*. El destino del *Teatro* es combatir la astrología, tema muy feijoniano, pero también su tesis podría ser suscrita por el P. Maestro:

Yo estoy persuadido que los errores astrológicos tomaron principio de los aciertos de la Filosofía natural.⁹

En el prólogo a *Errores celebrados* (1653), no reproducido en las *Obras en prosa*, asoman temas luego típicamente feijonianos: el de la impugnación de doctrinas heterodoxas, pero de comprensión de los sabios que las sustentan; la verdad y la mentira; el ejercicio de la razón, en menoscabo del criterio de autoridad, para refutar testimonios de la antigüedad. Pero de ello me ocupo en otra parte.¹⁰ Permítaseme ahora transcribir algunos de los *Problemas* de Zabaleta para que se advierta su filiación literaria y parentesco con los temas de Mexía y Feijoo. Son éstos, entre otros: por qué aumentan los dolores del hombre durante la noche; por qué resplandecen más las estrellas cuando ha helado; por qué ablanda el sol la cera y endurece el barro; por qué cantan los que hacen trabajo corporal; por qué vemos las estrellas al recibir un golpe en la cabeza; por qué bostezan los que ven bostezar. Mexía, por su parte, pretende contestar en un capítulo «por qué, cubierta con paja, se conserva la nieve en su frío, y el agua caliente se sostiene en su calor, siendo contrarios efectos. Y por qué el aire en el verano, meneándolo, refresca, siendo caliente, y, al contrario, el agua caliente, meneándola, quema más» (3, XXI). El mismo linaje de preocupaciones repite la literatura mixta que prolonga el acierto de Pero Mexía: el *Jardín* de Torquemada, la *Floresta* de Santa Cruz, las *silvas* de Pérez de Moya y de Medrano, el *Thesoro de diversa lición* de Ambrosio de Salazar, o buena parte del *Para todos*, de Montalbán, cuyo variopinto y extravagante contenido picó la lengua de Quevedo a parangonarlo con el coche de Madrid a Alcalá.

* * *

La edición reiterada de la *Silva* hasta los años del nacimiento de Feijoo, el gusto por el mismo género de literatura —aunque con las

9. *Obras en prosa* (Madrid, 1667), p. 22.

10. *Errores comunes en torno a Feijoo*, en prensa.

enormes distancias, ya señaladas—, la coincidencia de temas y estructura en muchos casos, ¿no conduciría a creer en la lectura de la *Silva* por nuestro benedictino? ¿Por qué, entonces, el silencio? ¿Por el carácter popular y crédulo del libro?

García Soriano recuerda que la Inquisición, ante su inmensa popularidad, manda expurgar, a principios del siglo xvii, el cap. IX (primera parte), referente a la Papisa Juana, que es suprimido a partir de 1643. Mexía, a pesar de su ortodoxia, «rozaba —escribe García Soriano— con gallardo desenfado los puntos más escabrosos y resbaladizos de la historia eclesiástica..., procurando armonizar la razón y la fe, sin rebasar el límite de las licencias erasmistas».¹¹

Ante el formidable traspies feijoniano al tratar del hombre pez, Marañón recuerda las nereidas de una «maravillosa e insolente» fuente del claustro de Samos, capaces de despertar la imaginación juvenil del benedictino en los años de formación conventual.¹² Algo parecido respecto al libro de Mexía cabe imaginarse. Pudo ser un estímulo imaginativo, un lujo inocente, un descanso reparador tras los ergotismos enfadosos de la Escolástica o de la ardua Teología y antes de convertirse la *Silva* en un índice más de errores vulgares contra los que, armado ya Caballero de la Ciencia, blandir su espada en tres tiempos infalibles: experiencia, razón y autoridad.

Quizá no sea bizantino recordar posibles ascendientes nacionales del género de un escritor que, sin excesivas caridad ni sindéresis, fue juzgado con frecuencia de extranjerizante. Ante los copiosos inventarios de fuentes extrañas —y sin que ello entrañe el más leve propósito de sustituir el nacionalismo crítico de muchos fuentistas por otro de signo hispanocentrista— conviene recordar esta advertencia, formulada como de pasada en la *Historia de las Ideas Estéticas*: que Feijoo «heredó de la tradición española mucho más de lo que parece y mucho más de lo que él confiesa».

11. *Ob. cit.*, loc. cit., p. XII.

12. *Ob. cit.*, ps. 243-244.